

Moira Antonello, por Alejandro Marinelli, 2004

Es imposible pensarla liviana en un estudio donde las cosas estén en su lugar. Sus revelados se hacen con las manos arremangadas y destruyendo para construir, me la imagino en un taller mecánico pero con almanaques de Cartier-Bresson. En sus retratos hay sordidez de garage, de casco, soldador y mucho óxido, no se los puede concebir en otro lugar.

Los que aparecen en sus imágenes se sienten capturados por más que una lente, se encuentran cerca de la oscuridad a medida que ella avanza con su intensidad y eso los incomoda. Por suerte para su arte, no tiene condescendencia con las formas que encontró su ojo y en el cuarto oscuro el doctor Jekyll que todos llevamos dentro le gana a su Mister Hyde.

Es ahí cuando la acidez de sus químicos aparece para no irse más.

Siento que todos sus fantasmas toman por asalto los fotogramas y le dan forma, dejan sus huellas, texturas para que nadie los olvide.